

LA VERDAD EN ÉTICA, ESTÉTICA Y METAFÍSICA

Mariela Rodríguez Cabezal
marielarcbz@hotmail.com

Estas líneas pretenden argumentar que, si bien los enunciados éticos, estéticos y metafísicos no tienen significado empírico, se puede decir de los mismos que hay algunos más verdaderos que otros y que no están exentos de racionalidad.

El final del Tractatus es como decir que la Ética, la Estética y la Metafísica son terrenos dables a abordar desde la emotividad, pero evidentemente no es lo mismo afirmar, por ejemplo, que se debe ser fraterno que decir que se debe ser indiferente ante la injusticia. La afectividad tiene distintas formas, tiene distintos grados, y no es nada descabellado plantear que se puede y se debe educar para vivir de la manera más feliz posible entre todos.

Sostengo que es pertinente hablar de formas de la afectividad aunadas a criterios racionales para ponderar juicios éticos, estéticos y metafísicos.

Decir que estas disciplinas son solo fantasía y emoción también es hacer una afirmación anclada en una postura no exenta de una parcial emotividad ante la vida.

Las reglas del discurso racional preceden y están también presentes en los enunciados de esas ramas de la Filosofía que no tienen un significado empírico como los enunciados que dicen por ejemplo que “la nieve es blanca” y “la luna es azul”. Claro que son enunciados de otro orden, claro que sus significados no se pueden verificar como el de los juicios que refieren a hechos, pero de esto no se deriva que todos pueden valer por igual o que están exentos de racionalidad. También la abstracción puede ser objeto de significado, y quizás la verdad, en rigor o en profundidad, es un asunto de esa índole.

Nos asiste la razón para afirmar que los principios de la revolución francesa son justos y no se han logrado cabalmente todavía. (Pensamos que la Modernidad no ha acabado).

No es lo mismo hablar de átomos que hablar de dioses griegos. Bien, del mismo modo, no es lo mismo decir que si nos portamos bien vamos al cielo porque así lo dijo un Mesías, que decir que como en la naturaleza hay fractales – que responden a la cuenta de multiplicar una fórmula hasta el infinito- entonces la naturaleza es divina porque la fórmula de los fractales traspasa las posibilidades humanas de crearla o concebirla. Mientras una creencia parece más

próxima a la superstición que a otra cosa, la otra creencia parece contener una argumentación racional intrínseca.

Y si pretendemos surcar el terreno de la Ética, decir que amar es preferible a odiar es poéticamente más verdadero que lo contrario. La apoyatura que damos a la afirmación anterior es pragmatista, y por eso viene al caso esta cita de William James: “El método pragmático (...) consiste en tratar de interpretar cada noción de acuerdo con sus consecuencias prácticas respectivas. ¿Qué diferencias de orden práctico supondría el que fuera cierta tal noción en vez de su contraria?” (James, W,1945:48)

Del principio de fraternidad se signa que no habría que hacer guerras, del principio de fraternidad e igualdad se sigue que habría que distribuir la riqueza equitativamente, del principio de libertad se sigue que es saludable no poner barreras al curso de la expresión, algo que es lo que me permite a mí, por ejemplo, escribir estas líneas ahora.

De lo contrario a estos principios se sigue la mezquindad, la injusticia, la falta de solidaridad y la represión, entre otras cosas.

Y bien, ¿estamos razonando cuando decimos todo esto? Claro que sí, no se trata de pura emotividad sin ton ni son, se trata de respaldar lo que decimos con razones más una supuesta afectividad que ha aprendido de los errores de la afectividad que no está madura o educada a los efectos de vivir en un mundo saludable. Entonces hay juicios éticos más verdaderos que otros, entonces hay juicios éticos verdaderos y juicios éticos falsos. Y lo mismo podemos decir de la Estética. Sus enunciados brotan de la emoción, pero no todo vale, porque no es lo mismo una sinfonía acorde al sentido de armonía que una mezcla cualquiera de sonidos vendida en un jingle publicitario que lo que pretende es impactar al oído para vender una mercancía.

En Estética hay reglas, y la de la armonía bien puede ser una, en el arte hay distinciones que hacer porque hay grados de acercamiento a la Belleza, no es cierto que todo vale.

Y bien; ¿no es cierto que estamos razonando cuando hacemos estas puntualizaciones? Claro que sí, las reglas lógicas preceden y estamos fundando unas ideas en

otras. Luego, el terreno de la Ética, de la Estética y de la Metafísica (religiosa) es dable también a la razón.

La funcionalidad de la verdad queda corroborada si decimos que es necesario saber de la ley de gravedad para no dejar caer una taza al suelo porque si la dejamos caer se rompe.

La funcionalidad de los enunciados éticos, estéticos y metafísicos se puede sostener con ejemplos parecidos. Hace bien la buena música, hace bien ayudar al prójimo y hace bien no caer en posturas arbitrarias sobre la existencia de dioses tiranos que pretenden fundamentar la moral en la religión, por ejemplo.

De lo anterior quiero ocuparme más detalladamente ahora: la experiencia estética produce satisfacción y esto puede ser entendido como una forma de efectos benéficos sobre el alma y el cuerpo; el bien produce obviamente bienestar, desde el entendido de que la libertad, la igualdad y la fraternidad concretadas en acciones producen formas saludables de vida; y asumir formas de religarse con lo divino que permitan el bienestar del que recién hablamos es asumir formas de religarse con lo divino que favorecen formas saludables de vida.

Las tres esferas de la Filosofía que tratamos acá están estrechamente interconectadas.

Así como la ciencia sirve a la técnica, los enunciados éticos, estéticos y metafísicos, si son acertadamente concebidos, sirven para la vida práctica o la felicidad. Y que sirvan para estos fines es lo que queremos sostener en estas líneas, lo que implica decir que hay que educar la afectividad o la emotividad y que no hay que concebir a estos enunciados como privados de racionalidad.

Ahora bien, si nos detenemos a la consideración de los juicios éticos –como muestra-, quizás el pragmatismo pueda conducirnos al resultadismo que, en vez de premiar valores por su valor (valga la redundancia), apuesta a los que nos permiten llegar a “éxitos”.

Tengo en mente la carta que el presidente Vázquez le hizo llegar a los futbolistas de la selección uruguaya cuando llegó la fecha de enfrentar a Francia y Uruguay perdió. La carta decía claramente que más allá de resultados deportivos, se reconocía la entrega, el valor, el compromiso, la lealtad y la caballerosidad de todos nuestros jugadores en defensa del tan alto prestigio que el Uruguay tiene en el mundo.

Parecería que a veces lo justo o lo bueno no se mide o no se debería medir

necesariamente por los resultados prácticos que conlleva, parecería que es acertado premiar valores que están más allá de lo eficaz. Esta salvedad que hacemos es la misma que podemos plantear como una objeción pertinente a la postura de Rorty.

Quizás podamos decir para redondear este texto que ver la entrega, la valentía, el compromiso, la lealtad y la caballerosidad también suscita una forma de felicidad que no tiene por qué ser la misma felicidad de ganar el campeonato de fútbol (de la vida), y entonces seguiríamos corroborando que el acierto de la Ética redundaba en beneficios prácticos de todas formas.

Bien, la exigencia de ser coherentes nos lleva también a decir que hay obras de arte que no parecen conmovedoras de buenas a primeras, porque requieren la educación de los sentidos o la educación hacia el buen gusto.

Para terminar, creo que hay formas de metafísica (religiosa) que exigen detener el camino sensitivo-intelectivo de acceso al conocimiento, que exigen un respeto por lo sagrado que colide con formas dogmáticas y más inmediatas de creer en facilismos (religiosos). Quizás estas formas de religarnos exigen cuotas de suspensión del juicio más cuotas de misticismo que redundan en estados de beatitud un poco más “difíciles” y asimismo más certeros que los que imponen las tradiciones a las que pertenecemos, pero significan beatíficos estados del alma (como el de las filosofías orientales) más acertados o verdaderos –por así decirlo– que los de las religiones reveladas.

En fin, la Ética, la Estética y la Metafísica dan lugar a juicios que no tienen significado empírico como señala la filosofía analítica, no implican representaciones cotejables con hechos, por supuesto. Pero si decimos que en términos de emotividad vale cualquier cosa, somos arbitrariamente emotivos, y si no apreciamos el grado de racionalidad que le puede caber a la Ética y a la Estética y a la Metafísica para fundar unas aserciones en otras para dar lugar a mejores o peores conclusiones, somos doblemente arbitrarios y parciales también al barrer todo con el mismo raser.

Por último, quiero decir que muchos de los que profesan (o profesamos) la filosofía analítica, son (o somos), en virtud de razonamientos como los que me llevaron a mí a hacer este texto, más virtuosos que los que no adhieren a las inconclusividades que se desprenden del final del *Tractatus*, ¿por qué será? Me inclino a que respaldan (o respaldamos) la conducta en una armónica educación de los afectos. Y esto significa que, al

menos, en buena medida, estarían (o estaríamos) ejemplificando buena parte de lo que aquí argumento. Hay formas de verificar estas ideas.

Por un lado, me apoyo en el acierto de rechazar ciertas ideas acerca de la noción de significado y de su ubicación en la mente; y, por otro lado, subyace a mi postura que hasta en los más “lavados” juicios que pretenden tener una clara significación empírica, hay elementos emotivos -aunque estos sean mínimos-.

Para expresar mi inclinación por un antirrepresentacionalismo que me conduce a simpatizar con una salida pragmatista con respecto al tema, voy a citar a Putnam cuando en su libro “Representación y Realidad” enumera los supuestos que plantea abandonar: “el supuesto de que lo real es lo que subyace a, o se encuentra detrás de, o es anterior a las apariencias, (...) la idea de que todo fenómeno tiene una naturaleza última de la que debemos dar una explicación (metafísicamente reductiva).” (Putnam, H,1990:25)

Bueno, lo valorativamente ético o estético no estaría subyaciendo a, o detrás de nada, y no sería tampoco anterior a ninguna apariencia.

Para expresar la idea de que, al momento de cualquier pensamiento, también concurren componentes emotivos, recuerdo la tesis de Kuhn que abona a favor de que cuando se sostiene un paradigma, además de existir formas racionales en apoyo del mismo, hay que tener en cuenta que también está presente una actitud de adhesión que traspasa lo meramente racional o deductivo y que es de carácter emocional.

Es preciso sentar las bases de un universalismo en los valores que sirva para fundamentar ideas saludables. Solo a los poderosos les sirve que no haya un piso seguro donde asentar afirmaciones éticas, estéticas y metafísicas. Solo a los poderosos les sirve que no se tengan en cuenta principios fundantes en estas tres áreas de la Filosofía. Si no fundamentamos, todo vale, y esto es abrirle el campo al pensamiento fortísimo que pretende que se claudique con un pensamiento débil que es funcional a no sentar las bases de banderas libertarias. Aquí se esclarece el esqueleto interno de estas posibles claudicaciones y se toma una postura contraria.

Los encasillamientos son erróneos. La teoría del conocimiento, así como la epistemología, son dimensiones de la Antropología, porque el ser humano se puede conceptualizar desde muchos aspectos o cualidades, siendo algunas de ellas, la de ser

racional, afectivo, estético, ético, sujeto epistémico, y para nada indiferente a lo que hace a lo cardinal de la problemática metafísica (religiosa).

Para seguir leyendo:

Rodríguez Cabezal, M. (2017) *Asuntos de Antropología*, Montevideo, Rumbo editorial.

Bibliografía:

James, W (1945) *Pragmatismo*, Buenos Aires, Emecé Editores.

Kuhn, T.S. (1971) *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.

Putnam, H (1990) *Representación y Realidad*, España, Gedisa.

Mariela Rodríguez Cabezal: Nacida en Montevideo, en 1964. Egresada en Filosofía del Instituto de Profesores Artigas. Ejerce la docencia en Enseñanza Secundaria. Lleva editados los siguientes libros: *Artesanías con Palabras; Dudas que ahogan; Como fue después. El debate modernidad-posmodernidad; La Realidad Inclusiva. Sobre lo escrito por Dardo Bardier; Asuntos de Antropología; Historias filosóficas varias; Otras historias filosóficas; Filosofía, Ciencia, Democracia* (Editorial Académica Española); *Quince historias filosóficas, Penúltimas Historias Filosóficas, y Cruce de Identidades.*



Recibido: 20/9/2018. Aprobado: 25/11/2018. VB: 15/12/2018 –